



## ✠ Lectura del santo evangelio según san Marcos (9,2-10):

*En aquel tiempo, Jesús se llevó a Pedro, a Santiago y a Juan, subió con ellos solos a una montaña alta, y se transfiguró delante de ellos. Sus vestidos se volvieron de un blanco deslumbrador, como no puede dejarlos ningún batanero del mundo. Se les aparecieron Elías y Moisés, conversando con Jesús.*

*Entonces Pedro tomó la palabra y le dijo a Jesús: «Maestro, ¡qué bien se está aquí! Vamos a hacer tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.» Estaban asustados, y no sabía lo que decía.*

*Se formó una nube que los cubrió, y salió una voz de la nube: «Este es mi Hijo amado; escuchadlo.»*

*De pronto, al mirar alrededor, no vieron a nadie más que a Jesús, solo con ellos. Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó: «No contéis a nadie lo que habéis visto, hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos.» Esto se les quedó grabado, y discutían qué querría decir aquello de «resucitar de entre los muertos».*

## EXPLICACIÓN DEL EVANGELIO

I. [La liturgia de la Palabra de hoy nos muestra cómo] Jesús llevó a los apóstoles Pedro, Santiago y Juan, solos a un monte alto, en un lugar apartado, y mientras oraba se "transfiguró": su rostro y su persona se volvieron luminosos, resplandecientes.

La liturgia vuelve a proponer este célebre episodio precisamente hoy, segundo domingo de Cuaresma (cf. Mc 9, 2-10). Jesús quería que sus discípulos, de modo especial los que tendrían la responsabilidad de guiar a la Iglesia naciente, experimentaran directamente su gloria divina, para afrontar el escándalo de la cruz. En efecto, cuando llegue la hora de la traición y Jesús se retire a rezar a *Getsemaní*, tomará consigo a los mismos Pedro, Santiago y Juan, pidiéndoles que velen y oren con él (cf. Mt 26, 38). Ellos no lo lograrán, pero la gracia de Cristo los sostendrá y les ayudará a creer en la resurrección.

Quiero subrayar que la Transfiguración de Jesús fue esencialmente una experiencia de oración (cf. Lc 9, 28-29). En efecto, la oración alcanza su culmen, y por tanto se convierte en fuente de luz interior, cuando el espíritu del hombre se adhiere al de Dios y sus voluntades se funden como formando una sola cosa. Cuando Jesús subió al monte, se sumergió en la contemplación del designio de amor del Padre, que lo había mandado al mundo para salvar a la humanidad. Junto a Jesús aparecieron Elías y Moisés, para significar que las Sagradas Escrituras concordaban en anunciar el misterio de su Pascua, es decir, que Cristo debía sufrir y morir para entrar en su gloria (cf. Lc 24, 26. 46).

En aquel momento Jesús vio perfilarse ante él la cruz, el extremo sacrificio necesario para liberarnos del dominio del pecado y de la muerte. Y en su corazón, una vez más, repitió su "Amén". Dijo "sí", "heme aquí", "hágase, oh Padre, tu voluntad de amor". Y, como había sucedido después del bautismo en el Jordán, llegaron del cielo los signos de la complacencia de Dios Padre: la luz, que transfiguró a Cristo, y la voz que lo proclamó "Hijo amado".

Juntamente con el ayuno y las obras de misericordia, la oración forma la estructura fundamental de nuestra vida espiritual.

Queridos hermanos y hermanas, os exhorto a encontrar en este tiempo de Cuaresma momentos prolongados de silencio, posiblemente de retiro, para revisar vuestra vida a la luz del designio de amor del Padre celestial. En esta escucha más intensa de Dios dejaos guiar por la Virgen María, maestra y modelo de oración. Ella, incluso en la densa oscuridad de la pasión de Cristo, no perdió la luz de su Hijo divino, sino que la custodió en su alma. Por eso, la invocamos como Madre de la confianza y de la esperanza (Benedicto XVI, 08.3.09).

II. «**¡Qué bien estamos aquí!**»! Agradecemos de corazón a la Iglesia que, en este segundo Domingo de Cuaresma, nos permite estar delante del misterio de la Transfiguración y hacer nuestras las palabras, llenas de asombro y de ternura, con las que el apóstol Pedro recibió la luz de Cristo. La Transfiguración es un misterio riquísimo, de cuya meditación los cristianos de todos los tiempos han recibido gracias siempre nuevas...

El Señor Jesús, que conoce mejor que nadie el corazón del hombre, quiso preservar a los tres discípulos -y en ellos, a todos nosotros- del «escándalo» de la Cruz. La Transfiguración es una verdadera teofanía, manifestación de la Divinidad de Cristo. Cristo, como dejando salir apenas un rayo de su Divinidad, ha mostrado a sus discípulos quién es Él y de donde nacen la verdad de su enseñanza y la potencia de sus gestos: **«Este es mi Hijo, el Amado; ¡escuchadlo!»** (Mc 9,7)

A la manifestación de la Divinidad de Cristo, corresponde la manifestación de Dios Padre. Por un instante somos introducidos en el misterio de la Santísima e indivisa Trinidad: la voz del Padre señala a su Hijo Unigénito, el Amado, en ese Hombre que había nacido de María en la pobreza, que había vivido en lo oculto durante treinta años como carpintero; que compartió su vida con los

pescadores de Galilea, que mientras curaba y saciaba a las multitudes con su Palabra y con la multiplicación de los panes, también estaba sujeto, como todos, al sueño, al hambre y al cansancio. La Transfiguración nos señala que el eterno diálogo de amor entre el Padre y el Hijo ha entrado en nuestra historia humana y cómo, en Cristo, atrae a toda la humanidad hacia esta gloria eterna. En Él, se resumen todo el cosmos y la historia, en él se recapitula toda la historia de Dios con Israel.

«**Y de repente, mirando alrededor, ya no vieron a nadie, sino solo a Jesús con ellos**» (Mc 9,8). La luz de la Transfiguración parecería que dura demasiado poco tiempo; a los ojos de los discípulos queda sólo la humanidad de Cristo, como siempre la habían visto. Pero el corazón de Pedro, de Santiago y de Juan, nuestro corazón, está irremediabilmente herido y sabe ciertamente que en ese Hombre habita corporalmente toda la plenitud de la Divinidad (cf. Col 2,9).

La fe cierta y fuerte en la Divinidad de Cristo, es la verdadera fuerza que sostiene nuestro camino cuaresmal, el camino del seguimiento de Cristo hasta la Cruz, cuando asistiremos a la más grande y «escandalosa» manifestación de la Gloria de Dios: la «transfiguración» de la Divinidad, que casi desapareciendo en el sufrimiento y en la muerte del Crucificado, se unirá definitivamente a nuestra existencia, para hacernos partícipes de la filiación divina (Homilía, Congregación para el Clero)



### 1. Mientras oraba

Tomó Jesús a Pedro, a Juan y a Santiago. Tres elegidos entre doce. Seleccionados entre discípulos y turba que le seguían. No me habéis elegido vosotros. Yo os he elegido a vosotros (Jn 15,16). Elegidos todos para rodear a Jesús, transfigurándose para nosotros en la oración. Amor y predilección del Maestro para con nosotros.

Y subió a lo alto del monte para orar. A un monte elevado, es decir, por encima del mundillo de mis pequeñeces y miserias. «Aparte»; distanciados de la masa que duerme y vegeta. Otra vez la ley del retiro y del retorno para volver con Dios en el corazón. «Solos»; augusto silencio de la oración, «conversación del hombre con Dios, decía Vicente de Paul, en la que, apartándose del ruido del mundo, el hombre escucha, y Dios habla y da audiencia».

*«Reina y Madre nuestra: que me quede solo para contemplar con emoción la transfiguración de Jesús».*

Y, mientras oraba, -así dice el texto de Lucas- el aspecto de su rostro cambió y sus vestidos brillaban de resplandor. Sus facciones, sin alterarse, se iluminan con resplandor deslumbrante. ¡Belleza de Jesús en su transfiguración! El evangelio acumula palabras: brillantes sobremanera, centelleantes; ningún batanero sobre la tierra pudiera dejarlas tan blancas. La transfiguración, festín alborozado de luces divinas. Envuelven a la Iglesia en las austeridades cuaresmales. Presagian el cielo tras las luchas de la vida.

En Jesús habita corporalmente la plenitud de la divinidad (cf. Col 1,1); pero sus fulgores, habitualmente, no se traslucen. La transfiguración descorre por un momento el velo ante tres discípulos, ante la Iglesia toda. Se filtran destellos de esa divinidad latente en Jesús. El Verbo, oculto en la naturaleza humana, manifiesta el esplendor de su gloria. Más que un milagro, la transfiguración es la cesación momentánea de un prodigio habitual: el que impide la iluminación continua de su humanidad con los resplandores de Dios.

*«¡Reina y Madre nuestra: que las luces de la transfiguración envuelvan a todos tus hijos haciéndonos uno en el amor! Jesús se transfiguró precisamente mientras oraba. No antes ni después. También debe ser así en nosotros, Madre querida. Y orar es hacerse pequeño ante Dios, abandonarse como tú, dejarse elevar. “La oración, entendida como entrega definitiva, le hace a uno tranquilo, infantil, objetivo”. Transfigúranos tú en Cristo en nuestra oración. ¡Virgen Inmaculada! muéstranos a Jesús transfigurado en la oración. ¡Llena de gracia, santa Madre de Dios! que penetremos el misterio de la oración transfigurante de Jesús».*

### 2. Con Moisés y Elías

De repente, dos hombres conversaban con Él: eran Moisés y Elías, que aparecieron con gloria. Moisés, en nombre de la Ley; Elías, de los Profetas, vienen a rendir homenaje al Mesías, fundador de la Nueva Alianza. El Viejo Testamento deja paso al Nuevo. La teocracia judía, instaurada por Moisés, restaurada por Elías, abre camino al reino eterno de Cristo. Y hablaban de su éxodo, que él iba a consumir en Jerusalén, de sus dolores y sufrimientos, de su muerte redentora. Todo a la luz deslumbrante de la transfiguración envolviendo a sus discípulos. Quiere Jesús arrancar del corazón de ellos y de nosotros, el escándalo de la cruz, para que sigan y sigamos creyendo en su gloria con «fe oscura y cierta» cuando vengan las noches oscuras, las cuaresmas inacabables del alma, añorando el domingo eterno de la Pascua.

Así, la oración transfigurante de Jesús nos reafirma en su papel mesiánico. Nos fortalece para la pasión. Nosotros, uno con Él, miembros de su Cabeza, adquirimos conciencia de nuestra

vocación a la santidad. Acabamos comprendiendo, cerca de la Virgen, que es preciso morir para resucitar y cargarnos de fruto. Perder el miedo a sufrir. El escándalo de la cruz se esfuma. Desaparece el fantasma. Y te lanzas tras Cristo.

*«Madre: que me deje envolver en destellos de luz. Iluminan mi vocación a la santidad. Aunque sienta miedo como los primeros cristianos, quiero entrar en la nube, meterme muy dentro de Jesús transfigurado. Quiero escuchar una palabra del cielo para mí».*

### 3. Este es mi Hijo, el Elegido, ¡escuchadlo!

Y una voz desde la nube decía: «Este es mi Hijo, el Elegido». ¡Complacencia del Padre mirando a su Hijo único! Ha venido sólo para hacer su voluntad. Su manjar, hacer la voluntad del que me envió (Jn 4,34). Le glorifica siempre (Jn 12,28).

Pero no es sólo Jesús el amado del Padre. Somos Jesús y yo. La mirada de amor del Padre se posa en la Humanidad santísima de Jesús, pero envuelve a todos los hijos de adopción que se incorporan a ella por y en la gracia. Todos nosotros, con los consagrados, carmelitas y contemplativos, con toda la Iglesia, hijos muy amados.

En aquella oración transfiguraste, Jesús sintió con emoción la caricia del Padre animándole al sacrificio.

*«Santa Madre de Dios: que yo también la sienta intensa en la oración de cada día. Vamos a la oración para oír la voz del Padre. Para sentirme hijo muy querido. Para llenarme de amor. Ahora comprendo: en la oración, pensar está bien, hablar es mejor, amar es el todo. Tenía razón Santa Teresa: la oración es tratar de amistad estando a solas con quien sabemos nos ama. No es carga, obligación; es descarga del corazón, amor. Llena de gracia; que también el Padre ponga en mí sus complacencias. Tenerle contento a Él. Que descanse en mí corazón como en otra Betania».*

Escuchadle a Él. Te lo dice no sólo el Padre. La Virgen lo susurra también en el fondo de tu corazón si arropas tu vida en amoroso silencio. «Porque es imposible ir aprovechando sino haciendo y padeciendo virtuosamente, y todo envuelto en silencio». Escúchale a Él. Siempre te llama a más y más. Y tendrás fuerza para ello.

### 4. De pronto, al mirar alrededor, no vieron a nadie más que a Jesús, solo con ellos.

Admirable efecto el de la oración transfigurante. Los tres discípulos sólo ven a Cristo. Ya nada les interesa, sino solo Él, y su misión: salvar almas. Empezar a ser un testigo viviente de lo eterno, viviendo la pureza de alma y cuerpo como Jesús nos pide. El alma si está enamorada del Señor acude con ansia creciente a la oración. Sabe que no va allí a pedir, sino a recibir; a hablar, sino a escuchar. Se incrementa la luz. Comprende mejor su vocación de bautizado, llamado a la santidad en y con Jesús junto con María. Saborea la voz del Padre, haciéndole sentir su amor. Se llena de paz ante las cruces posibles y repite extasiado con San Juan de la Cruz: «Una sola Palabra habló el Padre, que fue su Hijo, y ésta habla siempre en eterno silencio, y en silencio ha de ser oída del alma».

Y sale de la oración transfigurado. Irradia serenidad divina en medio de ocupaciones y quehaceres. Ve a Jesús en todo y en todos. Al mirar alrededor, no vieron a nadie más que a Jesús, solo con ellos. Ha recibido en la oración un aumento de fe, esperanza y amor. Lo reparte entre sus hermanos, sin menguarlo. Es el milagro del contemplativo en la acción. Tiene que salvar su alma, no como quien guarda un tesoro, sino como quien lo gasta entregándolo a los demás. Sale de la oración como dice San Juan Bosco, con la eternidad en la cabeza, el mundo a los pies, Dios en el corazón. Y la Virgen a su lado, añadimos nosotros, a una con San José, fidelísimo esposo y guardián.